

¡acuérdate de las penas del infierno!

—¡Ya he pensado en ellas y no te creo... no, no te creo! ¡Dios no es tan cruel como dices! Y si lo fuese... ¡Perder mi amor es el infierno! ¡Que me abrasen luego las llamas, con tal que le conserve ahora!

Filemon se estremeció oyéndola. Asustáronle de nuevo las dudas que habia sentido al ver en la bóveda del templo aquellas mugeres pintadas en cuadros que representaban orgías, á cuyo aspecto le habia acometido un temblor, y se habia preguntado á sí mismo si estarian ardiendo eternamente en el infierno.

—¡Vamos! repitió; y arrodillándose ante ella, cubrió sus manos de besos y le instó en vano para que le siguiese.

—¡Qué significa esto! gritó una voz de traeno... no la de Miriam, sino la del Amal. Estaba desarmado; pero con todo, se avalanzó sobre Filemon.

—¡No le hagas daño! exclamó Pelagia; es mi hermano, el hermano de quien te he ablado.

—¡Qué buscas aquí? preguntó el Amal, adivinando la verdad al momento.

Pelagia no contestó.

—Deseo libertar á mi hermana, que

profesa la religion de Cristo, de los criminales abrazos de un arriano herege. Y la libertaré ó moriré.

—¿Arriano dices? repuso el Amal riéndose. Di pagano, y acertarás, loco. Pelagia, ¿quieres irte con él á ser monja en el desierto?

Pelagia de un salto se colocó al lado de su amante. Filemon la cogió del brazo invocando desesperadamente y por última vez los sentimientos cristianos, y en un momento, sin saberse cómo, el godo y el griego se encontraron empeñados en mortal lucha, no atreviéndose Pelagia á llamar, pues tenia la seguridad de que seria como clavar el puñal en el seno de su hermano.

La lucha duró pocos segundos. El godo levantó á Filemon en sus brazos como á un niño, y llevándole al parapeto, trató de arrojarle al canal. Pero el activo griego se habia enredado como una culebra alrededor de su cuerpo, y le asió de la garganta con la fuerza que da la desesperacion. Dos veces rodaron y vacilaron sobre el parapeto, retrocediendo otras tantas. Al tercer empuje... la pared de tierra cedió, y

el godo y el griego cayeron al abismo estrechamente abrazados.

Pelagia corrió al borde, muda y con los ojos secos de horror. Dos veces dieron vuelta sobre si mismos por el aire... El pié de la torre, como era usual en Egipto, formaba declive por la parte de afuera antes de entrar en el agua. Debían estrellarse contra él... y entonces... una eternidad pareció el tiempo que gastaron en atravesar el abismo.... El Amal estaba debajo... y Pelagia vió sus hermosos y flotantes cabellos dar contra la piedra. En el momento los dos cuerpos se desasieron, sumergiéndose separadamente en el agua, y todo quedó en silencio.

Pelagia miró hácia abajo un instante mas; y luego, lanzando un grito que resonó en el edificio y en el rio, bajó precipitadamente las escaleras y salió en medio de la oscuridad de la noche.

Cinco minutos despues, Filemon, chorreando agua, magullado, ensangrentado, se arrastraba fuera del canal, por la parte mas baja de la callejuela. Una muger que habia salido por la puerta secreta, estaba á la orilla del muelle cruzadas las manos y con los ojos fijos

én el agua. La luna daba de lleno en su rostro. Era Pelagia. Filemon la vió, la conoció y retrocedió esclamando:

—¡Hermana... hermana mia... perdóname!

—¡Asesino!... gritó la jóven.

Y desviando sus extendidas manos huyó de allí.

El camino estaba interceptado con fardos de mercancías, pero la bailarina saltó por encima de ellos como un gamo; mientras que Filemon, medio aturdido por la caída y casi ciego á causa del cabello mojado que le cubria los ojos, tropezó, cayó, y le fué imposible levantarse. Pelagia anduvo unas cuantas varas en direccion de la multitud, que se veia á la luz de las antorchas crecer y amontonarse en la calle principal; luego tomó repentinamente por una travesía, y desapareció. Filemon permaneció gimiendo en el suelo sin tener ya que esperar ni objeto alguno que proponerse.

Al cabo de cinco minutos, Wulf, á la cabeza de veinte espectadores aterrados, hombres y mugeres, á quienes habia atraído á aquel punto el grito de Pelagia, estaba mirando desde el para-

péto roto. El fué el único que receló que Filemon se habia encontrado allí, y temblando al imaginar lo que pudiera haber sucedido, no comunicó á nadie su sospecha.

Pero todos sabian que Pelagia habia estado en la torre; todos habian visto subir al Amal. ¿Dónde se hallaba ahora? ¿Y por qué estaba abierta la portezuela secreta, que justamente se cerró á tiempo de impedir la entrada de la muchedumbre?

Wulf se paró á considerar con su práctica en tales casos todas las contingencias posibles de muerte y horror. Al cabo dijo:

—¡Una cuerda y una luz, Smid!

Le fueron traídas ambas cosas; y Wulf, sin ceder á los ruegos de los mas jóvenes, para que les permitiese llevar á cabo tan peligrosa investigacion, hizo le bajasen al través de la brecha.

Cuando hubo descendido dos terceras partes de la torre, sacudió la cuerda, y gritó con voz ahogada á los de arriba.

—Tirad. He visto lo suficiente.

Ellos tiraron anhelantes de curiosidad y temor, y Wulf permaneció algu-

nos instantes en silencio, como si embargase sus facultades un enorme disgusto.

—¿Ha muerto?

—Odin ha llamado á sí á su hijo, lobos de los godos.

Y alargó su mano derecha á los aterrados circunstantes, prorumpiendo en sollozos... Tenia asido un largo y hermoso rizo empapado en sangre.

El rizo paso de mano en mano... reconociéndolo uno despues de otro; y entonces, con admiracion de las mugeres, aquellos grandes y sencillos corazones, demasiado valientes para averganzarse de las lágrimas, lloraron como niños.... ¡Habian perdido su Amal, su hombre celeste, hijo del mismo Odin, su alegría, su orgullo, su gloria, su reino de los cielos, como lo declaraba el nombre, que era todo lo que cada uno de ellos desearia ser, y aun mas, y sin embargo les pertenecia; hueso de sus huesos, carne de sus carnes! ¡Ah! ¡es duro para los corazones verdaderamente humanos verse despojados de su ideal, aunque constituya éste un toro salvaje ó un desalmado gladiador!...

Al fin Smid habló:

—Héroes, esta es la sentencia de Odin; y el padre de todos es justo. Si hubiésemos escuchado al príncipe Wulf hace cuatro meses, no habría llegado este caso. Hemos sido cobardes y holgazanes, y Odin se ha irritado con sus hijos. Juremos obediencia al príncipe Wulf y sigámosle mañana adonde quiera.

Wulf cogió afectuosamente la mano que Smid le alargaba.

—¡No, Smid, hijo de Troll! No te corresponde hablar así. Agilmundo, hijo de Criva; Goderico, hijo de Emerico, sois Balts, y á vosotros pertenece la sucesión. Echad suertes para que sepamos cuál ha de ser nuestro capitán.

—¡No, no, Wulf! exclamaron á un tiempo los dos jóvenes. ¡Tú eres el héroe, el Saga! Nosotros no merecemos ese puesto; hemos sido cobardes y holgazanes como los demás. ¡Lobos de los godos, seguid al lobo, aunque os conduzca á la tierra de los gigantes!

Estrepitosos aplausos acogieron estas palabras.

—¡Levantémosle sobre el escudo! gritó Goderico, haciendo pedazos el suyo.

¡Levantémosle sobre el escudo! ¡Salud á Wulf.... rey de Egipto!

Y el resto de los godos, atraído por las voces, subió á la torre á tiempo de formar coro y gritar con sus compañeros:

—“¡Salud á Wulf, rey de Egipto!...” cuidándose de la inmensa multitud que abullaba afuera como los niños se cuidan de la nieve que cae contra las ventanas.

—¡No! dijo Wulf solemnemente, una vez sobre el escudo. Si yo fuese vuestro rey, y vosotros mis hombres, lobos de los godos, mañana saldríamos de esta ciudad aborrecida por Odin y manchada con la inocente sangre de la doncella Alruna.... ¿Me seguiréis?

—Hasta las puertas del Muspelheim, gritaron aquellos valientes.

—¿Vais á dejar que nos asesinen? exclamó una de las jóvenes. La multitud está rompiendo ya las puertas.

—¡Silencio!.... Héroes, tenemos que hacer una cosa. El Amal no debe ir al Valhalla sin un séquito correspondiente á su clase.

—Pero supongo que no se compondrá de las pobres chicas, dijo Agilmun-

do, creyendo que Wulf desearia celebrar los funerales del Amal, segun el uso de los godos, con un degüello de esclavos.

—No.... He visto á una de ellas portarse esta misma noche como una Vala; y pudieran ser, no me cabe ya duda, esposas dignas de héroes. Las mugeres son mejores de lo que pensaba, hasta las que menos valen de entre ellas. No, bajad, mis valientes, y abrid las puertas, dejando que vengan esos perros griegos á tomar parte en la cena funeral de un hijo de Odin.

—¿Que abramos las puertas

—Si. Goderico, toma una docena de hombres y espera en el salon de Oriente. Agilmundo, vé con otra docena al lado del patio que está al Poniente.... y aguarda allí, en la cocina, hasta que oigas mi grito de guerra. Smid y los restantes me seguirán á la puerta, pasando por los establos, y silenciosos como Hela.

Dicho esto, bajaron todos y encontraron en la escalera á la vieja Miriam.

Sin aliento, y agotadas sus fuerzas por el demasiado ejercicio de aquel dia, habia cedido al violento empuje de Fi-

lemon, yaciendo aturdida por el golpe, hasta que se recobró justamente, á tiempo de recibir su merecido.

La hechicera conoció el fin que la esperaba, y se decidió á arrostrarlo de un modo digno de ella.

—¡Apoderaos de la bruja! dijo Wulf. ¡Apoderaos de la corruptora de héroes... causa de todos nuestros disgustos!

Miriam le miró con tranquila sonrisa.

—La bruja está acostumbrada hace tiempo á oír á los necios culparla de las consecuencias de sus vicios.

—A tierra con ella, Smid, hijo de Troll, para que pase el alma del Amal en su tránsito al Nifheim.

Smid descargó el hacha, pero tan terrible era el brillo de los hundidos ojos de la vieja, que la vista del héroe se deslumbró; y el arma, desviándose, fué á dar al hombro. La hechicera vaciló; pero no llegó á caer.

—Basta, dijo Miriam tranquilamente.

—La maldita hija de Grendel entorpeció mi brazo, esclamó Smid. ¿Que se marche! Nadie dirá que he herido á una muger dos veces.

—Nidhogg la está aguardando, tarde ó temprano, contestó Wulf.

Y Miriam, envolviéndose friamente en su chal, volvió la espalda y bajó con paso firme la escalera, mientras que todos los hombres respiraron mas desahogadamente, como si se viesen libres de algun encanto sobrenatural:

—Ahora, dijo Wulf, á vuestros puestos, y venganza.

La multitud habia estado ahullando en vano al rededor de la casa como media hora, pues las altas paredes, que solo miraban á la calle por unas cuantas ventanas estrechas en los últimos pisos, constituian de ella una verdadera fortaleza. De repente las puertas de hierro se abrieron, y la fila primera pudo ver á la claridad de la luna el patio vacío, reinando en él un espantoso silencio. Al pronto retrocedieron con la sospecha de alguna traicion; pero los que venian detrás los empujaron, y el patio se llenó con los asesinos de Hipatia, que desahogaban su impotente furor contra las paredes y columnas. Entonces, de debajo de las arcadas laterales, salió un cuerpo de hombres armados, haciendo retroceder á todos los demas;

en seguida las puertas rodaron sobre sus goznes y las fieras de Alejandria cayeron al fin en el lazo.

La mortandad fué espantosa. Por tres diferentes puertas se lanzaron los godos, cuyos yelmos y cotas de malla les hacian invulnerables respecto de las groseras armas de la muchedumbre, y se abrieron paso al través de ésta, derribando en tierra personas cuya clase de vestido no les ayudaba en manera alguna. Es cierto que era uno contra diez, pero ¿qué valen diez perros ante un león?... Y la luna, cada vez mas alta, seguia contemplando impasible aquella escena de furias, y las albardas y espadas continuaban su obra de destruccion arrastrando los godos los cadáveres al medio del patio, donde el viejo Wulf, sentado sobre un monton de ellos, cantaba las alabanzas del Amal y las glorias del Valhalla, mientras que los agudos sonidos de su laúd se mezclaban con los gritos de los fugitivos y de los heridos, avivándose el compás del wals infernal que tañía á medida que crecia la exaltacion del anciano cantor, cual si quisiera mofarse del terror y la agonía que le rodeaban.

Así, como es costumbre de la Providencia, la sangre de Hipatia fué vengada en parte aquella noche por hombres y proyectos que nada tenían que ver con ella.

En parte solamente; pues Pedro y sus cómplices habían buscado refugio en el Cesáreo, abrazándose al altar. Asustados ante la tempestad desatada por ellos mismos, y temiendo las consecuencias de un ataque al palacio, dejaron que la multitud se desbordase á su arbitrio, y se librara de las espadas de los godos por estarles reservando un castigo mas terrible.... La impunidad.

CAPITULO XXX Y ULTIMO.

CADA CUAL A SU PUESTO.

ERA casi media noche. Rafael había estado aguardando inútilmente unas tres horas en el aposento interior de Miriam la vuelta de la hechicera. Recobrar, si era posible, la riqueza de sus antepasados; trasladarla, sin un día de próroga, á Cirene; y ver de persuadir á la

pobre vieja judía á que le acompañase, y una vez allí, amansarla, guiarla, hasta convertirla, si fuese dable.... tal era su idea. De todos modos, con su riqueza ó sin ella, estaba resuelto á huir sin demora de aquella maldita ciudad; y contaba impaciente las lentas horas y los minutos que le detenían en una atmósfera humeante de inocente sangre y negra con la maldición de un Dios vengador. Mas de una vez, siéndole imposible soportar esta idea, se levantó para marcharse, dejando atrás su riqueza; pero desistía al pensar en su vida pasada. ¡El había añadido sus pecados al cúmulo de maldad que encerraba Alejandria, y había guiado á otros en la senda del delito! ¡Gran Dios! ¡Ademas de delinquir por sí, se había complacido en que delinquieren también otras personas! Y ahora estaba recogiendo el fruto de su anterior conducta; pues inducido meramente de su amor al poder, y de su desprecio misantrópico, se había entretenido en hacer á Orestes mas perverso de lo que era por su baja índole. El le había inclinado á pedir la mano de Hipatia.... ¡El había dirigido, ora por via de juego, ora movido de la